modos, piensa y razona. La idea que concibe de las fuerzas que rigen el Universo es en su principio racional y científica, y está conforme con la que nosotros nos hemos formado. Razona menos acertadamente que su amigo el griego Apollodoro; pero no razona peor que los profesores de nuestra Universidad cuando enseñan la filosofía independiente y el espiritualismo cristiano. Por la libertad de sus juicios y la certeza de su inteligencia parece contemporáneo nuestro. Sus ideas, naturalmente se inclinan en la dirección que el espíritu humano sigue ahora. No digamos, pues, que desconocía el porvenir intelectual de la humanidad.

»En cuanto á San Pablo, nadie duda que anunciaba el porvenir. Sin embargo, creía ver con sus propios ojos el fin del mundo, y todo lo existente arrasado por las llamas. Esta conflagración del universo que Gallión y los estoicos preveían en porvenir lejano, sin que les impidiera proclamar la eternidad del imperio, Pablo la creía próxima y se preparaba para ese gran día; en lo cual se engañaba y su error era más considerable por sí solo, no lo dudarán ustedes, que todos los errores de Gallión y de sus amigos. Lo más grave aún es que Pablo no apoyó su extraordinaria creencia en observaciones ni en razonamientos. Ignoraba y despreciaba la ciencia. Entregábase

á las prácticas más vulgares de la taumaturgia y de la glosolalia, y no tenía cultura de ninguna especie.

»En realidad, acerca del porvenir, como acerca del presente y del pasado, nada podía revelar el apóstol al procónsul, aparte de un solo nombre. Aun cuando averiguara que Pablo pertenecía á la religión de Cristo, no por eso estuviera mejor instruído acerca del porvenir del cristianismo, que debía en pocos años apartarse casi enteramente de las ideas de Pablo y de los primeros hombres apostólicos. De manera que, si no nos detenemos á examinar textos litúrgicos despojados de su sentido primitivo y las construcciones puramente verbales de los teólogos, resultará que San Pablo preveía el porvenir menos acertadamente que Gallión, y podrá suponerse que, si ambos volvieran hoy á Roma, sería el procónsul, sin duda, el menos sorprendido.

»San Pablo, en la Roma moderna, se desconocería tanto sobre la columna de Marco Aurelio, como desconocería sobre la columna trajana á su viejo enemigo Kefas. La cúpula de San Pedro, las estancias del Vaticano, el esplendor de las iglesias y la pompa papal, todo ofuscaría sus ojos enfermos. En Londres, en París y en Génova buscaría en vano discípulos. No comprendería ni á los católicos ni á los reformadores, que citan

sin cesar sus epístolas, verdaderas ó falsas. Tampoco comprendería á los espíritus libres de todo dogma que fundan su opinión sobre las dos fuerzas que más odiaba y despreciaba él: ciencia y razón. Viendo que el hijo del hombre no había venido, rasgaría sus vestiduras y se cubriría de ceniza.

Hipólito Dufresne intervino, diciendo:

—Sin duda San Pablo en París ó en Roma se hallaría como un buho puesto al sol. No encontrándose, para tratar con los europeos cultos, en mejores condiciones que un beduíno del desierto. No reconocería sus huellas en un palacio episcopal, donde nadie le reconocería tampoco. Entrando en la morada de un pastor suizo atiborrado de sus doctrinas, le sorprendería con la rudeza primitiva de su cristianismo. Es verdad. Pero reflexionen que San Pablo era un semita extraño al pensamiento latino, al genio de los germanos y de los sajones; extraño á las razas de donde salieron esos teólogos que, á fuerza de falsas interpretaciones y de contrasentidos, hallaron un sentido á sus epístolas falsificadas. Le conciben ustedes en un mundo que no era el suyo, que no puede ser el suyo de ninguna manera, y esta imaginación absurda produce de pronto una multitud de imágenes incongruentes. Suponen, por ejemplo, á ese tapicero nómada en la carroza de

un cardenal, y les divierte pensar cómo resultarían juntos dos seres humanos de un carácter tan opuesto. Si resucitan ustedes á San Pablo, tengan el buen gusto de colocarle de nuevo entre su raza y en su país, rodeándole de los semitas de Oriente, que no han cambiado mucho en veinte siglos, y para quienes la *Biblia* y el *Talmud* contienen toda la ciencia humana. Colóquenlo entre los judíos de Damasco ó de Jerusalén. Llévenlo á la sinagoga; y oirá sin sorpresa las enseñanzas de su maestro Gamaliel. Discutirá con los rabinos, tejerá pelo de cabra, vivirá de dátiles y de un poco de arroz, observará fielmente la ley; y de pronto se afanará por destruirla. Será perseguidor y perseguido, verdugo y mártir con igual ímpetu. Los judíos de la sinagoga procederán á su excomunión soplando en una trompa y dejando caer, gota á gota, la cera de los cirios negros en un cubo de sangre. Soportará con entereza esa horrible ceremonia y ejercerá, en una vida penosa y amenazada sin cesar, la energía de un alma intratable, siendo conocido solamente de un pequeño número de judíos ignaros y sórdidos; pero continuará siendo Pablo, Pablo de cuerpo entero.

—Es posible—dijo Josefín Lecrerc—; pero convendrán ustedes en que San Pablo fué uno de los principales fundadores del cristianismo, y

que bien pudo ofrecer á Gallión algunas indicaciones preciosas acerca del movimiento religioso que el procónsul ignoraba por completo.

—Quien funda una religión desconoce el alcance de su obra—replicó Langerier—. Y otro tanto digo de los que fundan las grandes instituciones humanas, Ordenes monásticas, Compañías de seguros, Guardia nacional, Bancos, *Trusts*, Sindicatos, Academias y Conservatorios, Sociedades gimnásticas, Asilos y Conferencias. Esos establecimientos de ordinario no responden durante mucho tiempo á las intenciones de sus fundadores, y sucede con frecuencia que llegan á ser todo lo contrario. Aún pueden reconocerse, después de muchos años, algunos indicios de su significación primitiva. En cuanto á las religiones, por lo menos en los pueblos cuya vida es agitada y cuyo pensamiento es variable, se transforman sin cesar y tan completamente, arrastradas por los sentimientos de sus fieles y de sus ministros, que, á los pocos años, nada conservan del espíritu que las creó. Los dioses cambian más aún que los hombres, porque su forma es menos precisa y su duración mayor. Los hay que mejoran envejeciendo; otros se estropean con la edad. En menos de un siglo se transforma un dios de tal modo, que no es posible conocerlo. Acaso el de los cristianos ha sufrido una transformación

más completa que ningún otro. Y esto, sin duda, obedece á que ha pertenecido sucesivamente á civilizaciones y á razas muy distintas, á los latinos, á los griegos, á los bárbaros, á todas las naciones formadas entre las ruinas del Imperio romano. Ciertamente, hay mucha diferencia entre el tieso Apolo de Dedale y el Apolo clásico de Belvedere; pero hay mucha más todavía entre el Cristo efebo de las Catacumbas y el Cristo ascético de nuestras catedrales. Este personaje de la mitología cristiana sorprende por el número y la diversidad de sus metamorfosis. Al Cristo refulgente de San Pablo sucedió desde el siglo segundo el Cristo de los sinópticos, judío pobre, vagamente comunista, que se convierte, casi de pronto, con el cuarto evangelio, en una especie de joven alejandrino, discípulo muy endeble de los gnósticos. Y más tarde, tomando sólo en cuenta los Cristos romanos, y haciendo sólo mención de los famosos, aparecen: el Cristo dominador de Gregorio VII, el Cristo sanguinario de Santo Domingo, el Cristo emprendedor de Julio II, el Cristo ateo y artista de León X, el Cristo insubstancial é incoloro de los jesuítas, el Cristo protector de las fábricas, defensor del capital y adversario del socialismo, que floreció bajo el pontificado de León XIII y que aún reina. Todos esos Cristos, que sólo tienen de común el nombre de

San Pablo no los previó. En el fondo no estaba mejor informado que Gallión acerca del Dios futuro.

—Exagera usted—dijo el señor Goubin, á quien desagradaban las exageraciones, en cualquier sentido que fueran.

Jacobo Boni, que veneraba los libros sagrados de todos los pueblos, hizo observar que la deficiencia de Gallión y la de todos los filósofos é historiadores romanos, consistió en desconocer los libros sagrados de los judíos.

—Si los romanos la conocieran—dijo—no guardaran injustas prevenciones contra la religión de Israel; y, como indica nuestro Renán, en esos asuntos que interesaban á la Humanidad entera, un poco de buena voluntad y una información mejor, hubiesen evitado errores terribles. No faltaban judíos instruídos como Filon para explicar la ley de Moisés á los romanos, si éstos hubieran tenido ideas más amplias y un presentimiento más atinado del porvenir. A los romanos les inspiraba repugnancia y miedo el pensamiento asiático. Si tenían razón para temerlo, faltábales para despreciarlo. Es una estupidez monstruosa despreciar un peligro. Suponiendo que las religiones sirias eran imaginaciones criminales ó impiedades populares, Gallión mostrábase falto de sagacidad.

—¿Y cómo los judíos helenistas hubieran instruído á los romanos de lo que ellos mismos ignoraban?— preguntó Langelier—. ¿Cómo un Filon tan honrado, tan sabio, pero de tan cortos alcances, pudo revelar el pensamiento obscuro, confuso y fecundo de Israel, cuando lo desconocía? ¿Qué pudo advertir á Gallión respecto á la fe de los judíos, que no fuesen minuciosidades literarias? Le hubiera dicho que la doctrina de Moisés hállase conforme con la filosofía de Platón. Entonces, como siempre, los hombres cultivados no tenían cabal idea de lo que informa el espíritu de las multitudes. Ocurrió siempre que á espaldas de los hombres instruídos las multitudes ignorantes crearon los dioses.

»Uno de los hechos más extraños y más importantes de la historia es la conquista del mundo, realizada por el dios de un pueblo sirio; la victoria de Jehová, sobre todo los dioses de Roma, de Grecia, de Asia y de Egipto. Al cabo, Jesús no fué más que un nabí, y el último de los profetas de Israel. De su persona nada se sabe. Desconocemos su vida y su muerte, porque los evangelistas no son en modo alguno biógrafos, y las ideas morales que se reunieron al amparo de su nombre provienen en realidad de la muchedumbre de los iluminados que profetizaban en tiempo de los Herodes.

»Lo que se llama el triunfo del cristianismo es más exactamente el triunfo del judaísmo; á Israel correspondió el singular privilegio de imponer un dios al mundo. Es preciso reconocer que Jehová merecía por muchos conceptos su elevación súbita. Era, cuando llegó al Imperio, el mejor de los dioses. Había empezado mal. De él puede decirse lo que los historiadores dicen de Augusto: que se dulcificaba con la edad. Cuando los israelitas se establecieron en la tierra de promisión, Jehová era estúpido, feroz, ignaro, cruel, grosero, desenfrenado, el más torpe y el más terrible de los dioses. Pero bajo la influencia de los profetas cambió por completo, cesando de ser conservador y formalista y adquiriendo ideas pacificadoras y ensueños de justicia. Su pueblo era miserable. Sintió una piedad profunda por todos los miserables, y aun cuando en el fondo continuara siendo muy judío y muy patriota, mostróse revolucionario y obligadamente internacional. Llamándose defensor de los humildes y de los oprimidos, tuvo una de esas sencillas ideas por las cuales se atrae al mundo. Anunció la dicha universal, el advenimiento de un Mesías bienaventurado y pacificador. Su profeta Isaías le atribuyó, con este admirable tema, palabras de una poesía deliciosa y de una dulzura invencible. «La »casa de Jehová se alzará en las cimas de las montañas, elevándose más alta que las colinas. Entonces todas las naciones acudirán, pueblos innumerables la visitarán diciendo: «Subamos á la »montaña de Jehová, á la mansión del Dios de Jacob, para que nos enseñe sus caminos y podamos avanzar por sus senderos. Porque de Sión »ha de salir la ley y de Jerusalén la palabra de »Jehová. Juzgará entre las naciones; juzgará entre »los pueblos numerosos que forjarán espadas con »sus azadillas y lanzas con sus hoces. Entonces »el lobo habitará con el cordero. El cachorro del »león y las ovejas vivirán juntos y una criatura »los guiará...» Bajo el Imperio romano, el dios de los judíos se ocupaba en la conquista de las clases laboriosas y en la revolución social. Dirigíase á los desdichados. En los tiempos de Tiberio y de Claudio había en el Imperio infinitamente más desdichados que felices. Había infinidad de esclavos. Un hombre solo poseía diez mil. Estos esclavos eran, en su mayoría, completamente miserables.

«Ni Júpiter, ni Juno, ni los Dioscuros se ocupaban de ellos. Los dioses latinos no los compadecían. Eran los dioses de los amos. Cuando llegó de Judea un dios que atendía á las quejas de los humildes, los humildes le adoraron. Así la religión de Israel pudo ser la religión del mundo romano. Esto es lo que ni San Pablo ni Filon hubieran podido explicar al procónsul de Achaia,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

porque no lo vislumbraba claramente. Y esto es lo que Gallión no podía descubrir. Sin embargo, comprendió que el reino de Júpiter iba llegando á su fin y anunciaba el advenimiento de un dios más bueno. Guiado por su amor á las antigüedades nacionales buscaba ese dios en el Olimpo greco latino y lo elegía de la sangre de Júpiter por sentimiento aristocrático. Así fué como designó á Hércules en lugar de Jehová.

—Poco á poco—dijo Josefín Leclerc—va usted confesando que Gallion se equivocaba.

—Menos de lo que usted cree—respondió Langelier, sonriendo—. Javeh ó Hércules, el nombre no importa; esté seguro de que el hijo de Alcmena hubiera gobernado el mundo como el padre de Jesús. A pesar de ser olímpico se hubiera visto precisado á convertirse en el dios de los esclavos y admitir el espíritu religioso de los tiempos nuevos. Los dioses amóldanse precisamente á los sentimientos de sus adoradores; tienen sus motivos para esto. Atiéndanlo bien. El espíritu que favoreció en Roma el advenimiento del dios de Israel, no sólo era un espíritu popular, sino también el de los filósofos. Casi todos habíanse vuelto estoicos y creían en un dios único, acerca del cual había discurrido Platón, y que no tenía relación ninguna de familia ni de amistad con los dioses de forma humana de Grecia y de Roma.

Este dios, por lo infinito, parecíase al dios de los judíos. Séneca y Epicteto, que lo veneraban, hubieran sido los primeros á quienes el parecido sorprendiera, si se hallaran en el caso de hacer la comparación. Sin embargo, habían contribuído por su parte mucho á favorecer el austero monoteísmo de los judíos cristianos, Había, sin duda, mucha distancia entre la estoica altanería y la humildad cristiana. Pero la moral de Séneca y su desprecio de la naturalezar preparaban la moral evangélica. Los estoicos estaban reñidos con la vida y la belleza. Esta ruptura, que se atribuyó al cristianismo, fué inaugurada por los filósofos. Dos siglos más tarde, en la época de Constantino, los paganos y los cristianos tendrán casi una misma moral y una misma filosofía. El emperador Juliano, que restableció la religión antigua del Imperio, abolida por Constantino el Apóstata, es tenido con razón como adversario del Galileo, y cuando se leen los tratados de Juliano, sorprende la multitud de ideas semejantes á las de los cristianos que profesa ese enemigo. Como ellos es monoteísta, como ellos cree en los méritos de la abstinencia, del ayuno y de las mortificaciones. Como ellos desprecia los placeres carnales y se propone hacerse agradable á los dioses no teniendo tratos con mujeres. Por último, comparte el sentimiento cristiano hasta felicitarse de llevar la

barba sucia y las uñas negras. El emperador Juliano tenía, con bien escasa diferencia, la misma moral que San Gregorio Nacianceno. Y todo esto es natural y ordinario. Las transformaciones de la moral y de las ideas nunca son repentinas. Los más profundos cambios de la vida social se producen insensiblemente y sólo se advierten á distancia. Los que los atraviesan, ni siquiera pueden sospecharlos. El cristianismo sólo se estableció cuando el estado de las costumbres acomodábase á él, y él mismo se acomodaba al estado de las costumbres. Sólo pudo substituir al paganismo cuando el paganismo llegó á parecérsele ó cuando él llegó á parecerse al paganismo.

—Deduzcamos—dijo Josefín Leclerc—que ni San Pablo ni Gallión leyeron en el porvenir. Nadie lo adivina. Un amigo nuestro ha escrito: «El porvenir se oculta siempre hasta para los que lo elaboran.»

—Nuestro conocimiento de lo que será—repuso Langelier—está en razón de nuestro conocimiento de lo que es y de lo que fué. La ciencia profetiza. Y cuanto más exacta es una ciencia, más exactas profecías puede proporcionarnos. Las matemáticas, á las cuales pertenece solamente la exactitud absoluta, comunican una parte de su precisión á las ciencias que proceden de ellas. Así se hacen, por medio de la astronomía matemática y de la química, predicciones ciertas. Pueden ustedes calcular los eclipses que han de ocurrir dentro de millones de años, sin temor á que sus cálculos resulten falsos, mientras el sol, la luna y la tierra conserven la misma relación de masa y distancia. También pueden ustedes predecir que semejantes relaciones cambiarán en un porvenir lejano, porque también se funda en la mecánica celeste la profecía de que el astro de cuernos plateados no trazará eternamente el mismo círculo alrededor de nuestro globo, y que las causas actuales, á fuerza de repetirse cambiarán su curso. Pueden ustedes anunciar que el sol se obscurecerá elevándose sobre nuestros océanos helados como un globo pequeño; á menos que de entonces acá reciba nuevos alimentos para su combustión, lo cual es posible por ser muy capaz de cazar enjambres de asteroides como la araña caza moscas. Pueden ustedes anunciar, sin embargo, que se apagará y que las figuras dislocadas de las constelaciones se borrarán poco á poco en el espacio ennegrecido. ¿Qué es la muerte de una estrella? el desvanecimiento de una chispa. ¡Qué importa á la vida universal que todos los astros del cielo se marchiten como la hierba de una pradera, mientras los elementos infinitamente pequeños que los componen conserven dentro de sí la energía que forma y destruye

los mundos! Pueden ustedes predecir un fin más completo del Universo, el fin del átomo, la disociación de los últimos elementos de la materia, los tiempos en que el protylo, el borrón informe, habrá reconquistado su imperio absoluto sobre la ruina de todas las cosas. Y todo esto no será más que un latido de Dios, empezando á ser todo nuevamente.

Los mundos renacerán. Renacerán para morir. La vida y la muerte se sucederán eternamente. En el infinito del espacio y del tiempo se realizarán todas las combinaciones posibles, y volveremos á encontrarnos nuevamente sentados junto á las ruinas del Foro. Pero como no sabremos que somos nosotros, no seremos nosotros.

El señor Goubin frotaba los cristales de sus anteojos.

—Son estas—dijo—ideas desconsoladoras.

—¿Qué se promete usted, señor Goubin—preguntó Nicolás Langelier—y qué necesita para colmo de sus deseos? ¿Pretende usted conservar de sí mismo y del mundo un conocimiento eterno? ¿Por qué quiere usted acordarse eternamente de que ha sido, es y será el señor Goubin? No puedo ocultarle que el Universo actual, sin que se halle próximo á su fin, se muestre propicio á satisfacerle á usted en ese punto. Tampoco debe usted confiar en los siguientes, que serán sin duda

semejantes. Pero no pierda usted la esperanza. Es posible que después de una sucesión indefinida de universos, renazca usted, señor Goubin, con el recuerdo de sus existencias anteriores. Renán supone que hay probabilidades de que esto suceda, y por mucho que tarde no se hará esperar. Las sucesiones de universos se realizarán para nosotros en menos de un segundo. El tiempo no es durable para los muertos.

—¿Conoce usted—preguntó Hipólito Dufresne—los ensueños astronómicos de Blanqui? El viejo Blanqui, prisionero en el Monte de San Miguel, sólo veía un poco de cielo por su ventana enrejada, sin tener más vecinos que los astros. Volvióse astrónomo y fundó sobre la unidad de la materia y de las leyes que la gobiernan una extraña teoría de identidad de los mundos. Según él, una multitud de soles, idénticos al nuestro, han alumbrado, alumbran y alumbrarán planetas idénticos á los planetas de nuestro sistema. Existen, han existido y existirán infinitamente, Venus, Martes, Saturnos y Júpiteres iguales, en absoluto, á nuestra Venus, á nuestro Marte y á nuestro Júpiter; Tierras iguales á nuestra Tierra, cuyo suelo produce lo mismo que nuestro suelo, dando vida á plantas, animales y hombres enteramente iguales á las plantas, á los animales y á los hombres terrestres. La evolución

de la vida es en ellos idéntica á la evolución de la vida sobre nuestro globo. Por consiguiente, deducía el viejo prisionero, hay, hubo y habrá en el espacio, millares de millones de Montes San Miguel, conteniendo cada uno encerrado en su calabozo un Blanqui.

—No conocemos gran cosa de los mundos cuyos soles brillan en el cielo de nuestras noches—repuso Langelier—, pero advertimos, sin embargo, que sometidos á las mismas leyes mecánicas y químicas, difieren del nuestro y difieren entre sí por la extensión y la forma, y que las materias en ignición no están repartidas entre todos en las mismas proporciones. Estas diferencias deben producir otra infinidad de diferencias que no podemos siquiera sospechar. Basta una piedra para cambiar la suerte de un imperio. ¿Pero quién sabe? Acaso el señor Goubin, múltiple y diseminado en las miriadas de mundos, frotó, frota y frotará eterna é infinitamente los cristales de sus anteojos.

Josefín Leclerc no consintió á sus amigos extenderse demasiado en soñaciones astronómicas.

—Opino, como el señor Goubin—dijo—que todo eso fuera desconsolador, si no fuera también excesivamente lejano para impresionarnos. Lo que nos interesa vivamente, lo que desearíamos con ansia conocer, es la existencia de los que han de reemplazarnos en este mundo.

—Sin duda—dijo Langelier—la sucesión de los universos sólo nos inspira una pálida sorpresa. Abarcaríamos con una mirada más fraternal y más amistosa el porvenir de la civilización y el destino inmediato de nuestros semejantes. Cuanto más próximo está el porvenir más nos interesa. Por desgracia, las ciencias morales y políticas son inexactas y están llenas de incertidumbres. Conocen de un modo incompleto los desenvolvimientos consumados de la evolución humana y no pueden instruirnos con certeza en los desenvolvimientos que se han de verificar; no teniendo mucha memoria tienen pocos presentimientos. Por esta razón, los espíritus científicos sienten una insuperable repugnancia para intentar investigaciones de cuya utilidad no dudan, y ni siquiera se atreven á confesar una seguridad que no pueden satisfacer. Se trata con frecuencia de investigar lo que sucedería si los hombres fuesen menos prudentes. Platón, Thomas Morus, Campanella, Fenelón, Cabet, Paul Adam, reconstruyen su propia ciudad en Atlántida, en las Islas Utópicas, en el Sol, en Salento, en Icaria, en Malasia, donde establecen una organización abstracta. Otros como el filósofo Sebastián Mercier y el socialista poeta William Morris, penetran en

un porvenir lejano. Pero llevan consigo su moral. Descubren una nueva Atlántida y es la ciudad del ensueño lo que allí construyen armoniosamente. ¿Citaré aún á Mauricio Spronck? Nos muestra la República francesa conquistada por los marroquíes en el año 230 de su fundación. Pero es para inducirnos á entregar el Gobierno á los conservadores, los únicos, á su juicio, capaces de conjurar tamaño desastre. Mientras, Camilo Mauclair, más confiado en la Humanidad futura, lee en el porvenir la defensa victoriosa de los europeos socialistas contra los asiáticos musulmanes. Daniel Havely no teme á los marroquíes, pero teme, con más razón, á los rusos. Narra, en su *Historia de cuatro años*, la fundación, en 2001 de los Estados Unidos de Europa, y se propone, sobre todo, mostrar que el equilibrio moral de los pueblos es inestable, que tal vez baste una facilidad introducida de pronto en las condiciones de la existencia para desencadenar sobre una multitud humana las más terribles calamidades y las más crueles miserias.

»Son pocos los que han investigado el porvenir por sencilla curiosidad, sin intención moral ni propósitos optimistas. Entre los que yo conozco, solamente H. G. Wells, viajando en las edades futuras, descubre á la Humanidad un fin que no le desea, á juzgar por las apariencias considero una desdichada solución de las cuestiones sociales, el establecimiento de un proletariado antropófago y de una aristocracia comestible. Y tal es la suerte que H. G. Wells promete á nuestros nietos. Todos los demás profetas que yo conozco se limitan á confiar á los siglos futuros la realización de sus ensueños. No descubren el porvenir, lo conjuran.

»Lo cierto es que los hombres no pueden mirar sin espanto hacia lo que ha de ser. Muchos opinan que semejante investigación, además de inútil es perniciosa, y los más crédulos en los descubrimientos de cosas futuras, son los que temerían más descubrirlas. Hay, sin duda, para ese temor razones poderosas. Todas las morales, todas las religiones, llevan consigo una revelación del destino humano. Ya se lo confiesen ó se lo oculten á sí mismos, los hombres, en su mayoría, se hallan temerosos de comprobar esas revelaciones augustas y descubrir la nulidad de sus esperanzas. Están acostumbrados á la idea de tolerar las costumbres más diferentes de las suyas cuando esas costumbres hállanse ya sumergidas en el pasado, y se felicitan entonces de los progresos de la moral. Pero como su moral se ajusta, después de todo, á sus costumbres ó, por lo menos, á lo que dejan ver de ellas, no se atreven á confesar que la moral, habiendo cambiado hasta en-

tonces con las costumbres, cambiará también en lo sucesivo, y que los hombres futuros podrán tener una idea muy distinta de lo permitido y de lo vedado. Esto sería confesar que las virtudes, que tanto estiman, son transitorias y sus dioses caducos. Y aun cuando el pasado les muestre derechos y deberes, sin cesar variables y movibles, creeríanse engañados si previesen que la Humanidad futura se impondría otros derechos, otros deberes y otros dioses. En fin: temen deshonrarse á los ojos de sus contemporáneos asumiendo la horrible inmoralidad de la moral futura. Estos son obstáculos para investigar el porvenir. Vean á Gallion y á sus amigos. No se atreverían á prever la igualdad de las clases en el matrimonio, la supresión de la esclavitud, la derrota de las legiones, la caída del Imperio, el fin de Roma; ni siquiera la muerte de los dioses, en los cuales apenas creían.

—Es posible—dijo Josefín Leclerc—; pero ya es hora de comer.

Y abandonando el Foro que la luna bañaba con su claridad tranquila, avanzaron por las calles populosas de la ciudad hasta un fonducho modesto y afamado de la vía Condotti.

IV

La sala era reducida y hallábase tapizada con un papel ahumado, de los tiempos de Pío IX. Viejas litografías pendían de las paredes, representando al señor de Cavour con sus lentes de concha y su barba de collar, la cara leonina de Garibaldi y los imponentes bigotazos de Víctor Manuel; reunión clásica de los símbolos de la revolución y de la autoridad combinadas; testimonio popular del genio italiano, que se distingue en esas yuxtaposiciones, y por el cual en la Roma de nuestros días, con un admirable sentido político y no sin cierto gusto de comedia delicada, el papa fulminador y el rey excomulgado cambian diariamente delicadezas de buena vecindad. Escalfadores de metal y copas de alabastro llenaban el aparador de caoba. La casa ostentaba ese desprecio de las novedades propio de las reputaciones antiguas. Allí, ante los frascos de vino de Chianti, en torno de una mesa coronada de rosas, los cinco amigos prosiguieron sus divagaciones filosóficas.

—Es cierto—dijo Nicolás Langelier—que á mu-